

EL RETORNO DEL CASO RIVIÈRE. UN DEBATE POSTERGADO Veinte años después...

Hace ya varios años terminé la redacción de este trabajo con una frase de Michel Foucault que tenía cierto aire de profecía no exenta de la seducción habitual de su obra *«On a beau dire ce qu'on voit, ce qu'on voit ne loge pas dans ce qu'on dit»* (*«Por más que se diga lo que se ve, lo que se ve no se aloja en lo que se dice.»*)

Este enunciado cubría las conclusiones teóricas que definían la sentencia condenatoria emitida en el expediente Rivière, como un producto jurídico-final derivado de una lucha de discursos, y no de su mera combinatoria o de la interpretación de una norma, a partir de ellos. En el entrecruce de discursos se demostraban las áreas de crecimiento y depresión del jurídico frente al psiquiátrico y el político, sus periodos de letargo y reactivación según la relación de fuerzas en un momento dado.

La aplicación concreta de la frase al derecho, me permitía sugerir que, en casos judiciales de esta naturaleza, o que se ve en a sentencia (y en el expediente) no radica en lo que aquí se dice sino en el silencio, en lo que se excluye, y atestigua al mismo tiempo con tal exclusión.

Sin embargo, el tono oracular de la frase, como las conclusiones de clandestinidad que se asignaban a este discurso, parecían acercarlo más que a un texto filosófico o al análisis de un dossier judicial, a un ejemplo de literatura fantástica del tipo de *«Los vestidos nuevos del Emperador»*, de Andersen, o de *«La carta robada»*, de Edgar Alan Poe. Carta ubicada siempre en un espacio circulatorio no empírico, no real, que -como dice Jacques Derrida al glosar la interpretación lacaniana del cuento traducido por Baudelaire -*«manque à sa place, no se encuentra donde se encuentra o aún (¿pero será la misma cosa?) se encuentra donde no se encuentra»*¹.

¹ En el trabajo *«Le facteur de la vérité»*, que integra su libro *La Carte Postale de Socrate à Freud et au-delà* (Aubier-Flammarion), París, 1980, Derrida se ocupa

Terrible problema del lenguaje, desconcertante desamparo de la lengua a la manera del que experimentaba Antonin Artaud, pero también terrible problema de la historia y la filosofía (no menos que del derecho), ya que concurren en él las más antiguas discusiones de la relación entre la verdad y la ficción, entre los *res factae* y los *res fictae*, entre las técnicas representativas de una lectura positivista, y los estilos de construcción que buscan el verdadero sentido de lo que se ve más allá de lo que se dice.

De hecho, ni la frase de Foucault, ni los comentarios que él y el grupo de personas que procedentes de distintas disciplinas trabajaron en el Collège de France alrededor del libro *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma soeur et mon frère...*, dando cierre a la edición de 1973 de la Collection «Archives», de Gallimard, con sus siete notas (páginas 243/350), podían satisfacer a pensadores partidarios de la primera de estas opuestas corrientes. Sin embargo, debieron transcurrir 18 años para que el debate irrumpiera con todo el vigor y la acritud que, generalmente, se agrega a lo postergado.

Vamos a referirnos, pues, al más bien reciente estallido de esta polémica que tiene la ventaja de recuperar el caso Rivière como un ejemplo privilegiado de estos disímiles modos de pensamiento presentes en casi todas las disciplinas sociales, sin dejar de advertir, lateralmente, la escasa o nula repercusión de Foucault en el terreno de la teoría jurídica, largamente embarcada en la discusión de modalidades poskelsenianas del positivismo-jurídico y formas modernas del iusnaturalismo.

Debate y recuperación del caso Rivière.

La crítica de Philippe Lejeune

1. En septiembre de 1981 el n.º. 66 de la Revista «*Le Debat*» de

de la interpretación freudiana de la literatura, comentando el Seminario desarrollado por Jacques Lacan sobre el cuento de Poe en 1955 y que encontró lugar en 1966, en sus *Ecrits*. El trabajo de Derrida fue primeramente publicado en Poétique 21, 1975. Uno de los puntos centrales del Seminario es el de la relación entre la verdad y la ficción. Desde otros puntos de vista, como los de la lingüística y la historia existen dos trabajos fundamentales acerca de este vínculo. *Linguistic de Lüge*, de Harald Weinrich, con su tema Kann Sprache die Gedanken verbergen? (¿Puede el lenguaje ocultar los pensamientos» - Verlag Lambert Schricider, Heildeberg, 1974) y *Vergangene Zukunft. Zur Semantik Geschichtlicher Zeiten*, de Reinhart Koselleck (Suhrkamp Verlag, Frankfurt an Main, 1979, traducido al castellano como *Futuro Pasado. Para una Semántica de los tiempos históricos*, Paidós Ibérica, Barcelona, 1993). Habremos de aludir más adelante en este texto a algunos de sus aportes sobre esta discusión, contemplados en especial en el punto 12 de la parte III «Terror und Traum» («Terror y Sueño»).

la misma editorial Gallimard, replantea *Le cas Rivière: pour une relecture* con dos artículos de Pierre Lejeune, especialista en autobiografías y de Daniel Fabre, etnólogo, referidos al libro, pero muy especialmente al examen de la *Memoria*, pensada por Pierre Rivière antes de cometer el crimen, pero redactada ya detenido, antes de su condena. Esta Memoria o Informe se extiende entre las páginas 73 a 148 de la edición francesa. Ocupa, pues, la parte central del expediente estando precedida por las piezas judiciales como interrogatorios, informes y testimonios (páginas 21 a 70) y continuada por las pericias médicas, otras actuaciones del proceso, incluyendo publicaciones periodísticas locales, un mapa y un glosario de palabras del patois normando (páginas 151 a 239). La tercera parte del libro, que desarrolla con algunas correcciones lo recogido sobre el crimen por los *Annales d'hygiène publique et de médecine legales* de 1836, termina con las siete notas del grupo que lo recompuso y analizó, agregadas entre las páginas 243 y 350. Se trata de las notas de Jean-Pierre Peter y Jeanne Favret, del mismo Foucault, de Patricia Moulin, Blandine Barrer-Kriegel, Philippe Riot, Robert Castel y Alexandre Fontana².

Lejeune distingue tres capas en el libro. La primera y principal constituida por la Memoria, es decir la del centro. La segunda, la forman las piezas judiciales que preceden y siguen a lo escrito por el autor del drama criminal, y la tercera integrada por las notas, entre las cuales atacará en particular las redactadas por J. P. Peter y Jeanne Favret, la de Foucault y las páginas finales de A. Fontana (347, 350). Estas tres capas están organizadas en una estructura «gigogne», es decir, encajada formando un embudo de discursos compuestos de fragmentos heterogéneos. Detrás de esta estructura, que produce vértigo según Lejeune, existiría una técnica a fin de perseguir dos efectos: a) crítico: destruir la ilusión de certeza que

² Al detallar las diferentes páginas, intento llamar la atención del lector sobre la precisión, detalle y escrupulosidad puesta en particular por Lejeune en sus referencias y citas del expediente. Disposición del texto que, en su opinión, parecería constituir un aspecto relevante de la lectura textual, frente a una lectura fascinante o emotiva como la que va a rechazar. Toda su crítica pasa por esta cuestión esencial, aun cuando, paradójicamente, no deja de atribuir su demora en producirla casi, veinte años después del libro, a la fascinación que éste ejerciera sobre él: «Este dispositivo ejercía sobre mí el efecto de estructuras fascinantes: paralizaba la lectura de la Memoria de Pierre Rivière. Los discursos acumulados sobre ella, luego los discursos sobre esos discursos, transformaban la Memoria en una suerte de «carta robada», puesta en evidencia y saltando a los ojos, pero en un contexto que desalentaba la mirada». Cuando Derrida analiza «La lettre volée», comienza su trabajo con el subtítulo «Lo demasiado evidente o la ausencia en su lugar», agregando: *a little too self evident*. Se comprende ahora el porqué de mi referencia al cuento de Poe (o al de Anderson).

produce un discurso cerrado; b) político: mostrar las relaciones de poder entre los discursos.

Algunas observaciones de Lejeune están destinadas a fundamentar por qué al apartarse Foucault, Peter y Fontana de un discurso cerrado, como lo pretende él, y generar una lectura de tipo emotivo o subjetivo, generaron un discurso lírico en reemplazo de uno cognoscitivo, *à la lettre*. Como lo hace por ejemplo Foucault cuando, en su Presentación de la página 14, dice: «Estábamos subyugados por el parricida de ojos rojos», glosa que desató en las notas cláusulas de adoraciones espantosas, según el comentario de Lejeune.

Ahora bien, el color rojo de los ojos de Rivière está indicado en las páginas 64 y 223 de las piezas judiciales. Se trata de un hecho real, *res factae*. Lo que en verdad perturba a Lejeune es, en cambio, que ese detalle haya sido desglosado por Foucault para citarlo en un contexto en donde habla de subyugación, convirtiendo de este modo una *res factae* casi en una *res fictae*. Lejeune pretende, así, imponer un estilo de escritura seco, simple, descriptivo, que asocia a objetividad, realismo, verdad y conocimiento. Da la impresión de defender *à outrance* el viejo dogma de la «neutralidad valorativa» en la investigación social, y cae en el sinsentido de esperar en lo histórico, social o cultural, la misma uniformidad no sólo sobre la selección de los problemas, los contenidos y la identificación de los hechos, sino también sobre el estilo de la escritura, que muy raramente se alcanza incluso entre los científicos de la naturaleza. Max Weber mismo, uno de los más fuertes defensores de la ciencia social «libre de valores», sostenía que los científicos sociales deben apreciar o comprender (verstehen) los valores implicados en las acciones o instituciones que estudian, lo que no implica que los aprueben o desapruében. En *The Methodology of the social sciences* (Hlencoe, II, 1947), afirmaba: «El concepto de cultura es un concepto valorativo. La realidad empírica se convierte en cultura para nosotros en la medida en que la relacionamos con ideas de valor. Incluye aquellos dominios de la realidad, y sólo éstos, que han llegado a ser significativos para nosotros a causa de su atinencia con valores». Por su lado, Ernest Nagel³ recuerda algo poco tenido presente en la crítica de Lejeune. A saber, que en la mayoría de los dominios de investigación es casi imposible que nuestros gustos, nuestras aversiones, nuestras esperanzas y temores dejen de contaminar nuestras conclusiones. En las mismas ciencias naturales, es sabido, se necesitaron siglos de esfuerzos para desarrollar, sin mayor éxito, hábitos

³ Ernest Nagel, *La estructura de la ciencia*, Paidós, Buenos Aires, cap. XIII «Problemas metodológicos de las Ciencias Sociales».

y técnicas que protejan la investigación contra la intrusión de factores personales y extraños.

2. La crítica de Lejeune se concentra, pues, en una cuestión de estilo o expresión en la narración histórica. Señala por cierto errores, algunos francamente irrelevantes. Por ejemplo, la transcripción trunca del párrafo de la Memoria de fojas 145 al explicar Rivière, refugiado en los bosques, sus razones para construir «un *albalêtre* para matar pajaros y nutrirme de ellos, o distraerme en matarlos, y que en caso de que se me arrestara con esto, pudiera (plutôt) más bien servir que perjudicar el papel que tenía deseos de jugar». En la página 268, Michel Foucault resume este párrafo así: «cela pourrait plutôt servir... au rôle que j'avais envie de jouer», con lo cual, alega Lejeune, deja de lado las otras razones que tenía Rivipere para construir el instrumento y, al omitir, la expresión «que perjudicar», cambia el título de «más bien», el que en lugar de expresar un matiz, señala ahora una elección definitiva. Lo mismo, cuando Foucault cambia el título de la Memoria «Detalle y explicación del acontecimiento ocurrido el 3 de junio en Aunay, población de la Faucerie, escrito por el autor de esta acción», agregando en el noble de Rivipere; «Detalle y edxplicación del acontecimiento ocurrido el 3 de junio en la Faucerie, por Pierre Rivière, autor de esta acción», introducción del nombre que le da el aspecto de constituer un título de libro, «lo que refuerza la pertinencia del análisis que conduce a la palabra «autor».

Tampoco Lejeune considera legítima la presentación del libro en letras rojas, como si fuera una versión moderna de los periódicos del siglo XIX, ni que el texto comience con la primera frase de la Memoria. Rivière continúa la crítica, inventó el verbo «enuépharer» para designar la técnica de clavar ranas y pájaros con un clavo de tres puntas en un árbol. Esta técnica, en la pluma de Foucault, se convierte en una máquina, en un arma para golpear las nubes y los pájaros, retórica que carga de alegorías los gestos y prácticas de Rivière.

Podría alegarse que estas observaciones son francamente triviales, carentes de interés sustancial. Pero su interés radica en que detrás de ellas, se oculta una de las polémicas más sordas que cruza el tejido de la historia y que concierne también a muchas otras disciplinas sociales. A saber: ¿cuál es el verdadero estatuto de la narración histórica? ¿Debe ésta privarse de toda ficción imaginativa, de todo colorido, debe bloquearse toda expresión estética o que traduzca pasión, sentimiento, emotividad? ¿Debe reducirse a la narración a una reproducción de los hechos enmarcada en una teoría de lenguaje, del significado-Bild como la propuesta por el primer Wittgenstein? ¿Lo objetivo debe enlazarse exclusivamente a la enumeración descriptivo-positivista de *res factae*, a riesgo de considerarse el texto pura literatura? ¿Pierden cientificidad el relato y las referencias

históricas cuando no responden a estos cánones? Dejemos para más adelante una respuesta a estos interrogantes.

Lejeune, entre tanto, observa con razón que el propósito manifestado por Foucault, y su grupo, de reproducir el texto de la Memoria establecido por J. P. Peter, evitando toda interpretación, es inalcanzable. Puntualiza como ingenuidad textual la idea de una suerte de transparencia o verdad del texto que, según Foucault, operaría como «punto cero» para juzgar los otros discursos y las relaciones que se establecen entre ellos. No entiendo -aduce- cómo esto se puede hacer, qué es en definitiva y cómo se puede juzgar con un «point zéro». Crítica que no advierte o finge no advertir que lo que Foucault hizo en realidad fue usar una expresión equivalente a «degré zero», tomada en préstamo de Roland Barthes⁴, para aludir a la Memoria a la que quería preservar de toda interpretación psiquiátrica o psicoanalítica.

Ahora bien, la pretensión de Foucault de preservar la Memoria de este tipo de lecturas es muy controvertible. La mala disposición de Foucault en relación a estas interpretaciones fue, sin duda, el motivo básico de la Memoria-degré zéro, propuesta por él. Es altamente improbable, en efecto, que el análisis por psiquiatras y psicoanalistas no hubiera aportado esclarecimientos esenciales sobre la relación entre el espantoso crimen y la psicología y subjetividad del autor. De hecho, Foucault no quiso correr el riesgo que se abalanzara sobre la Memoria la colonia «psi», produciendo sobre ella una Babel de interpretaciones. Trató de evitar la asimilación del caso-Rivière al caso-Schreber. Lo paralizó, quizá, la idea de que la Memoria pasara

⁴ Véase *Le degré zero de l'écriture*. Editions du Seuil, París, 1972. Traducción castellana, Siglo XXI, Madrid, 1973. El cambio de la palabra «degré» por «point» no altera el sentido que Foucault pretende asignar a la Memoria: un texto del que se elimina toda interpretación, una escritura neutra, que podría ser comparada luego con los distintos y múltiples lenguajes que las piezas judiciales ponen en movimiento, el de los peritos, testigos, defensor, lo psiquiátrico, lo jurídico, lo periodístico, etcétera. Barthes tematiza por su lado la relación del silencio con la escritura literaria. «En el mismo esfuerzo por liberar el lenguaje literario -explica Barthes- se da otra solución: crear una escritura blanca libre de toda sujeción con respecto a un orden ya marcado del lenguaje. Una comparación tomada de la lingüística quizá pueda dar cuenta de este hecho nuevo: sabemos que algunos lingüistas establecen entre los dos términos de una polaridad (singular-plural, pretérito-presente), la existencia de un tercer término, término neutro, o término cero, así entre el modo subjuntivo y el imperativo, el indicativo aparece como una forma no modal. Guardando las distancias, la escritura en su grado cero es en el fondo una escritura indicativa o si se quiere amodal... Se trata aquí de superar la literatura entregándose a una especie de lengua básica, igualmente alejada de las lenguas vivas y del lenguaje literario propiamente dicho. Esa palabra transparente inaugurada por *El extranjero* de Camus, realiza un estilo de la ausencia que es casi una ausencia real de estilo...»

por la misma experiencia que la Memoria de Daniel Paul Schreber, es decir, la famosa *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken* del Presidente de Sala del Superior Tribunal Provincial Dresde, que atrajo el interés y preocupación desde Freud a Lacan, desde Franz Baumeier a William G. Niederland⁵.

Destacar, empero, en uno y otro caso, un cuadro clínico, evidenciar o incluso conjurar los factores psicológicos por los cuales un joven campesino, o un culto, erudito y acomodado miembro de la Justicia Superior de Alemania, hayan podido realizar actos de tipo criminal, en un caso, o caer en una profunda paranoia, en el otro, sin aparecer confundidos ni inhibidos psíquicamente, interesándose ambos por la política, la ciencia, el arte y exhibiendo una alta capacidad de argumentación ordenada y saber jurídico, lejos de perjudicar la Memoria o la *Denkwürdigkeiten*, habría permitido ampliar valiosamente el análisis de estos textos.

En esto, pues, Lejeune no carece de razón, pero el hecho cierto es que ni Foucault, ni Peter, ni Fontana lo hicieron, y no resulta posible exigir de ellos la absorción integral y completa de todos los aspectos, privándolos de su propio derecho a la selección y al trato escritural de su objeto de estudio. La reivindicación de este derecho aparece insinuada en la contracrítica que veremos acto seguido y que asume uno sólo de los miembros del grupo, ya muerto como lo estaba Michel Foucault.

La respuesta de Jean-Pierre Peter

Al recoger el desafío crítico, Jean-Pierre Peter señala que nunca

⁵ En 1884, siendo Daniel Paul Schreber candidato a las elecciones del Reichstag para ocupar el cargo de Reichstagabgeordneter, estando Bismarck en la cima del poder, comenzó su primera enfermedad mental (hipocondría). La segunda, en 1893, después de haber sido nombrado para el alto cargo de Senatpräsident de la Suprema Corte de Justicia de Sajonia. Internado en la clínica de Leipzig y en 1894 en el Hospicio de Sonnestein con un agudo cuadro de paranoia, redactó los famosos *Denkwürdigkeiten* publicados por Oswald Mutze en Leipzig, 1903 (edición Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1980). Muchos aspectos de este texto tienen marcado interés para la teoría jurídica, en particular los apéndices, en los que formula una defensa exitosa sobre su derecho a no estar confinado sin su acuerdo, que se constituye en una obra perfecta de argumentación jurídica. El actual desarrollo de La Teoría de la Argumentación en el derecho, cuenta aquí un material de inapreciable valor para un análisis que, en teoría jurídica no se ha producido hasta el momento. Ver sobre el caso Schreber, Sigmund Freud, «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) autobiográficamente descripto». (Obras Completas, t. XII, Amorrotu Editores, Buenos Aires, 1980). Jacques Lacan, *Le Séminaire*, livre 3, Edition du Seuil, París, 1981.

hubo intenciones en el interior del grupo -no constituido en rigor como un equipo, dado los diferentes intereses profesionales de sus miembros- de prohibir allí y para siempre todo recurso a la interpretación de la Memoria. Lo que estuvo presente fue más bien el deseo de evitar la reducción de cualquier aspecto del dossier «a las clausuras, a los cierres de cualquier ideología unificadora: psiquiatría, penal, marxista o freudiana... No reenviar el todo de Pierre Rivière ni a la locura, ni a la monstruosidad, ni a la debilidad rural, o confusión edípica». Por lo demás, lo hace notar Peter y se comprueba con la lectura de las notas, es evidente que interpretaciones se produjeron en masa en el grupo.

Daniel Fabre, por su parte, produce un impecable análisis antropológico de la sociedad rural del tipo y época de la de Aunay, destacando en especial la influencia que el régimen dotal del código civil francés tuvo en las relaciones matrimoniales y cómo las reglas jurídicas de los bienes comunitarios fueron una fuente constante de reyertas entre Pierre-Margrain y Victoire Brion, padres del homicida. Este tipo de investigación y estudio es el modelo que, según Lejeune, se debió seguir en este caso. Peter, por su lado, simpatiza con los trabajos de Fabre y no encuentra incompatibilidad entre ellos y la vía seguida por Foucault.

De cualquier modo, es dable añadir, aunque el profundo estudio de Fabre pueda ser apto para corregir algunas interpretaciones equivocadas acerca de las reacciones de un «oiseleur» (pajaroero) como Pierre Rivière que no quiere salir de su adolescencia, este modelo tampoco se embarca en las cuestiones jurídico-penales o psiquiátricas; no se expide ni sobre la culpabilidad, ni sobre la locura del autor de los crímenes.

La discrepancia central de Peter se focaliza, pues, en el trabajo de Lejeune. Más allá de puntualizar algunos datos de interés sobre la constitución y organización del grupo, el modo de encarar los trabajos y las dificultades que debieron superar, más allá de aclarar con visible ironía la nota que en la página 135 de la Memoria incorporó sobre un error tipográfico de los Annales⁶, Peter pone el problema

⁶ Se trata del pasaje en el que Pierre Rivière le pide a su hermana Aimée que cante el cántico «jour heureux, sainte alegresse». El tipógrafo había escrito incorrectamente «jouir hereux, sainte alegresse, y en la nota Peter refiriéndose a este error, de jour (día) por (jouir) disfrutar, gozar, escribe: «lo que mucho tiempo nos extravió, nos hizo *rêver*». En uno de sus significados (pensar, imaginarnos) este verbo es también soñar. Para Lejeune esto es la prueba del abandono interpretativo en que cayó Peter. En una palabra, lo encuentra cercano al sadismo. Peter aclara que era una nota irónica e inútil en venganza contra el transcriptor desconocido de los Annales, médico, juez, corrector o quien fuera, de quien sospechaba pensamientos ocultos y odiosos contra Rivière. Debía escribir «nos dejó pensativos», pero quedó la expresión de su nota y se volvió como acto fallido contra él. Dirigiéndose a Lejeune. Peter ironiza: me hago cargo, iré a consultar al analista.

de la crítica exactamente en la cuestión central a la que en verdad se remite: «Nuestro diferendo es la representación respectiva que tenemos sobre la ciencia».

En efecto: todo el debate, ya lo adelantamos, circula y recae en este problema de notable envergadura, constituyendo la puntualización crítica de algunos errores de menor importancia, una cortina de humo. Una cortina de humo que reproduce en verdad el sentido de nuestra cuestión originaria: por más que se diga lo que se ve, lo que se ve no está en lo que se dice. Por más que Lejeune vea y puntualice errores, lo que se ve, la esencia de la cuestión, no está en lo que dice acerca de esos errores. No deja de ser llamativo, entonces, que la crítica de Lejeune se constituya así en una nueva *Lettre Volée* del caso.

Consideremos, entonces, en qué forma Peter conduce esta crítica a su verdadero e íntimo sentido. Lo que en rigor plantea Lejeune, aduce Peter, es que el grupo foucaultiano contaminó el candor de la marcha científica con desbordes de pasión y afectividad. No se privó de instrumentos estéticos, ligó la tragedia al lenguaje lírico y a intuiciones poéticas propias, y, al hacerlo, desvió el caso al campo de las *res fictae*. La respuesta de Peter es que una crítica así articulada toma como punto de partida el señuelo visible de la transparencia de los textos, es decir paradójicamente aquel defecto que precisamente Lejeune imputaba a Foucault al pretender que la Memoria hablara por sí misma, coartando toda interpretación. La contracrítica de Peter se resume en una palabra: Lejeune propone una lectura positivista del caso Rivière. Con esto el crítico olvida que las publicaciones que disfrutaban de pleno estatuto científico no revelan sus varios secretos, y se ocultan con frecuencia detrás de apariencias rigurosas. «En el discurso codificado de la ciencia, nada permite adivinar (pero gracias a Dios el historiador curioso reencuentra después rastros, elementos, piezas de convicción) cuán improvisados han sido a menudo los protocolos de experimentación, inadecuados los útiles, subjetivos los motivos, cuán milagrosamente productivos han sido ciertos errores». El prestigio de la superficie lisa que todo positivismo se atribuye no define de por sí, afirma Peter, el espacio científico. Cuando se afirma esto se borra el Newton visionario y místico, el Kepler astrólogo, se pone mala cara a Michelet y Bachelard. El mejor escalpelo del más moderno laboratorio no permite captar la naturaleza y profundidad de la tragedia que vive un ser.

De todos modos el proyecto de lectura positivista textual, el proyecto de hacer *leer* el libro como lo reclama Lejeune, en el fondo no merece objeciones a Peter. Sólo que él opone al leer, *el oír y hacer oír Pierre Rivière*, para lo cual hay que ir más allá de los métodos de la asepsia que no son suficientes para seguir el relato de vida de un

joven hombre que, irremediablemente, ingresó en el territorio de la muerte mucho tiempo antes del día fatal.

Conclusión. Los métodos de la lectura en la narración histórica

Centralizada, como se advierte, toda la polémica en el estatuto de lectura de la narración histórica, conviene dar fin a estas observaciones, con algunos breves desarrollos teóricos. Como hace notar Harald Weinrich en su mencionado texto, desde la lingüística, pero también desde la sociedad, la mentira está en el mundo. Está en nosotros y para nosotros. No se puede cerrar los ojos frente a ella. Un salmo lo asevera: «Omnis homo mendax». Agustín, que fue el primero en hacer una reflexión filosófica y teológica acerca de la mentira, vio también sus aspectos lingüísticos. Recuerda que el lenguaje no fue dado a los hombres para que se engañen recíprocamente, sino para que compartan y transmitan sus pensamientos. Para Agustín quien usa el lenguaje para engañar lo pervierte, y esto es pecado. Pero los hombres han sido creados también de tal manera que ellos usan los signos del lenguaje para el bien o para el mal⁷.

Todas estas reflexiones son aplicables también a las ficciones. Completando la referencia de *Lingüistic de Lüge* (pág. 11) de Shakespeare en Enrique V, escrita en francés: «O Bon Dieu! ¡Les langues des hommes son pleines de tromperies», podríamos añadir «O Bon Dieu!» les langues des hommes sont pleines de fictions», Sólo que las ficciones tienen estatuto científico, se relacionan con la verdad y pueblan todas las disciplinas, en particular la historia y el derecho⁸.

⁷ Harald Weinrich, *op. cit.* Véase de este lingüista, *Sprache in texten*, Ernst Klett, Stuttgart, 1976. Al referirse a la lectura del texto Japan de Max Frisch, Weinrich observa con agudeza que «...cuanto menos sea capaz el análisis lingüístico de agotar un texto, tanto más elevada es quizá la calidad literaria de ese texto». Se trata de una observación muy profunda y aplicable a casi todas las disciplinas sociales, en particular la historia y el derecho, que nos interesan aquí.

⁸ Además de la obra clásica de Hans Vaihinger *Die Philosophie des als ob*, pueden verse en materia de ficciones jurídicas, *De la fiction comme procédé juridique*, de Lucien Lecocq, Ed. Arthur Rousseau, París, 1914. «Reviewing Legal fictions», de Aviam Soifer, *Georgia Law Review*, nº. 20, 1985-6; *Ancient Law. Legal Fictions*, de Henry Summer Maine, Ed. Holt and Co. New York, 1987; *Philosophy in the Development of Law*, de Pierre de Tourtoulon, translate by Martha Mac. Read, prefacio Morris Cohen, The Macmillan Company, New York, 1922; *Poetry and Equity: Aristotle Defense of Fiction* by Kathy Eden; *Diritto e Realtà Storia de la fictio juris*, de Franco Todescan, Facotà di Giurisprudenza dell'Università de Padova, Cedam, 1977; «Fiktionen im Recht», von Ministerialrat Dr. W. Hofacker, Stuttgart, Kant Studien, Band 4, 1924-5; *Le procédé de la fiction datis la pensée juridique*.

Si colocamos ahora la polémica Lejeune/Peter del caso Rivière a la luz de la semántica que cabe emplear en la historia, ubiquémonos en el terreno propio de esta última, para preguntarnos si es posible que la historia pueda apoderarse de la realidad exclusivamente a la luz de medios lingüísticos reproductores de *res factae*. Veremos en este ámbito que una posición positivista como la de Lejeune tiene pocas oportunidades de verificarse en la ciencia. Reinhart Koselleck, uno de los historiadores más originales en esta disciplina produjo una obra fundamental en esta cuestión, renovadora de los estudios en la materia. Nuestro ya citado libro *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* examina este problema extensamente.

En el capítulo XX «Terror y Sueño», recuerda que una cuestión como la que nos ocupa tiene más de dos siglos de antigüedad en el pensamiento. Altsed, en el XVIII, la resumió en *Scientiarium omnium encyclopaedia* con una sencilla frase: «Si fingat, peccat in historiam; si non fingat, peccat in poesin». Quien inventa o incurre en ficciones peca contra la historiografía; quien no lo hace, peca contra la poesía. Sencilla oposición, conforme a la cual la historia debía atenerse a acciones y acontecimientos, a las *res gestae*, mientras la poesía vivía de la ficción. *Res factae* y *res fictae*, eran los dos términos de esta profunda separación entre los modos de representar. En estos modos tramitaban respectivamente el ser y el parecer. Así establecida la oposición, la historia que debe mostrar la realidad desnuda, o bien la poesía en que las *res fictae* inducen a la mentira, se hacían más fuertes, eran superiores una a la otra según los expertos en cada disciplina o la opinión de los filósofos con sus variadas inclinaciones. En el siglo XVI Francis Bacon con su *Of the Proficiency and Advancement of Learning Divine and Human*, y más tarde en el XVIII Jean Le Ron D'Alambert, en *Discourse Preliminaire de l'Encyclopédie ou Dictionnaire Raisonné des Sciences, Arts et Métiers*, dividió filosofía, historia y poesía, conectando la filosofía con la razón, la historia con la memoria y la poesía con la imaginación. Con arreglo a ello se instauró un dualismo tajante entre verdad cognoscitiva y ficción-imaginativa, recogido en nuestros tiempos⁹.

⁹ Representantes del positivismo y el realismo en filosofía suelen abrir una profunda división entre verdad-cognoscitiva y ficción-imaginativa. El primer concepto queda remitido a un universo semántico-referencial, en el que lenguaje y realidad se conectan en forma rígida, con arreglo a una serie de correlaciones ordenadas. Algunos ejemplos los suministran el criterio de correspondencia de la verdad, el *Tractatus logico-philosophicus* de L. Wittgenstein, la teoría causal de la referencia de Saúl Kripke, «la historical explanation», de Keith Donnellan y otras concepciones realistas y fisicalistas del lenguaje como las de Hilary Putnam y D. Föllesdal. A ellas aludo en mi artículo «La epistemología de Émile Zola» incluido en mi libro *Papeles de Filosofía*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 1993.

Así los historiadores, explica Koselleck, se sirvieron de los argumentos de los *res factae* que favorecían su propia posición. Aristóteles, en cambio, devaluó la historia frente a la poesía. Esta se acercaba a la filosofía que planteaba lo posible y general, mientras que la historia se dirigía al transcurso del tiempo en el que muchas cosas ocurrían por azar o casualidad. Desde la Ilustración, los historiadores se vieron enfrentados con el postulado aristotélico y Lessing, el aristotélico de la Ilustración, lo hizo de esta forma: el poeta adquiere su credibilidad por su verosimilitud interior; es señor de la historia, y puede aproximar los acontecimientos tanto como quiera («*Briefe, die neuste Literatur betrefend*», n.º. 63). Con esto comenzó un proceso de acercamiento, se suavizó la oposición retórica entre la poesía que inventa y la historia que informa. Se percibió, por ejemplo, respecto de los textos bíblicos, que sin sacarlos de su contexto primitivo, sin poder leerlos en varios estratos, no habría sido posible una interpretación progresiva de la confusa realidad histórica. Y al verse coaccionado el historiador a construir su historia fundamentándola artística, moral y racionalmente, debió remitirse también a los medios de la ficción.

Chladenius demostró que la realidad, una vez pasada, no podría ser recapturada por ninguna representación. Así, la antigua pareja de opuestos *res factae/res fictae* perdió fuerza y, tanto desde la teoría del conocimiento, como de la técnica de la representación, no se exige ahora al historiador que ofrezca una realidad pasada, sino la ficción de su facticidad. Esto no implica que se niegue la diferencia que tiene que existir entre las narraciones que informan lo que ha acaecido realmente, y las que relatan o renuncian a toda señal de realidad. Para Koselleck, la dificultad consiste sólo en que el status lingüístico de un relato histórico o de una representación no determina si se debe tratar de un informe de la realidad o de una mera ficción. Lo esencial es que se salió de la pura relación de oposición entre los *res factae* y los *res fictae*, en cuyo interior se incluyen las tonalidades de las pasiones, sentimientos y emociones.

Otra razón del cambio deriva de nuevas reflexiones sobre el problema del tiempo histórico. A causa de la necesidad de intervalo temporal -inalcanzable desde la teoría del conocimiento- para crear un nuevo pasado, y no debido a concesiones románticas a la poesía, los historiadores han podido remitirse a la proximidad existente entre la historiografía y la poesía. Antes de pasar a estudiar esta problemática en un conmovedor terreno, como el de la conexión entre los sueños y el terror bajo el Tercer Reich, Koselleck afirma con convicción: «Der reflektierte Zeitenabstand zwingt den Historiker, geschichtliche Wirklichkeit zu fingieren, und zwar nicht in der Redeweise des ‘es war’. Vielmehr ist er grundsätzliche gehalten,

sich der sprachlichen Mittel einer Fiktion zu bedienen, um einer Wirklichkeit habhaft zu werden, derem Tatsächlichkeit entschwunden ist» (pág. 282) («El intervalo temporal reflexionado obliga al historiador a fingir la realidad histórica y, por cierto, no según la forma de hablar del ‘fue’. Más bien está fundamentalmente obligado a servirse de los medios lingüísticos de una ficción para apoderarse de una realidad cuya autenticidad ha desaparecido»). No sólo razones de estilo y estética escrituraria obran, pues, para determinar el enlace entre lo real y lo ficto-emotivo, sino inevitables problemas de técnica temporal, trabajada a fondo por nuestro autor.

Si nos apartamos de la historia y contemplamos, ahora, el punto a partir de la estética, veremos que este tipo de análisis se mantiene en todas sus líneas. En *Aesthetic Experience and Literary Hermeneutics* (University Minnesota, 1982) Hans Robert Jauss confirma la inexistencia de provincias del significado completamente separadas entre la estética y los otros campos. No se puede acordar a la estética, revela el status de un subuniverso cerrado. La tradicional formación y renovación del poder de la experiencia estética «presupone que su provincia de significado no está completamente contenida en el aquí y ahora de un subuniverso cerrado». En términos de la sociología del conocimiento, la experiencia estética puede formar un mundo por sí sin eludir por ello la referencia al suspendido mundo de todos los días. La experiencia estética puede entrar más bien «en una relación comunicativa con el mundo de todos los días o cualquier otra realidad y anular la oposición polar de ficción y realidad». Remitiéndose a Wolfgang Iser, afirma con él: «en lugar de ser su mera oposición, la ficción nos dice algo acerca de la realidad»¹⁰. Este último, en su magnífico texto *Das Fiktive und das Imaginäre* (Suhrkamp, Frankfurt an Main, 1991), se pregunta en el capítulo 1, punto 1, «El saber mudo de la Ficción y la Realidad»: ¿Son los textos realmente ficticios tan fictivos y carecen de ficciones aquellos que no se pueden designar así? Como no puede dejar de atenderse a la legitimidad de esta cuestión, nacen dudas acerca de si, «en el mudo saber», todavía resulta útil la oposición entre ficción y realidad, para la descripción de textos ficticios. «... Wenn es sich so verhält, dann ist damit auch die Opposition von Fiktion und Wirklichkeit verabschiedet,

¹⁰ Sobre la función cognoscitiva de las ficciones, el más logrado texto es *Funktionen des Fiktiven. Poetik und Hermeneutik X*, Wilhlem Fink Verlag München, 1983, con artículos de Odo Marquard, Wolfgang Iser, Richard Rorty, y el mismo Jauss, entre otros. El libro de Iser, al que se refiere Jauss es *Theorie ästhetischer Wirkung*, Uni-Taschenbuch 636, Munich, 1976. En el mismo sentido, puede verse *Fantasy and Mimesis*, de Kathryn Hume, Methuen Inc., New York, 1984: «... As sublimation, fiction takes our worst fears and tames them by organizing them in form charged with meaning and value», pág. 173.

denn sie impliziert als «stummen Wissen» immer ein Bezugssystem, das für den Akt des Fingierens als Grenzüberschreitung nicht mehr in Anschlag gebracht werden kann. Denn nun gilt es, Relationen aufzusuchen statt Oppositionen auszumachen...». «Cuando esto así acaece entonces, la oposición entre Ficción y Realidad es también despedida, pues implica siempre, en tanto «mudo saber», un sistema de referencia, que ya no puede ser tenido en cuenta para el acto del fingir concebido como límite insuperable. Entonces resulta válido escoger relaciones, en lugar de hacer oposiciones...». En este libro W. Iser desarrolla, tanto sistemática como históricamente, las condiciones de constitución de lo ficticio y lo imaginario de la literatura, y hacer captable su obrar común en una teoría del juego de los textos literarios. El acercamiento, y los efectos recíprocos indispensables entre ficción y realidad, es planteado, como se ve desde ambos ángulos: la historia y la literatura.

Ahora bien, lo que ha hecho Lejeune en su crítica ha sido precisamente plantear la exclusiva legitimidad de un lenguaje sustentado en *res factae*. Y lo hizo para abonar el relato de un episodio histórico como el de Rivière presentado por Foucault y su grupo, en el que los *res fictae*, las emociones y las pasiones debieron necesariamente acompañar a lo fáctico para la mejor reproducción y difusión del caso. Sin este modo de narración, concluimos probablemente el caso Rivière hubiera quedado irremediablemente sepultado en el polvo de los archivos de Aunay.

A la manera de un positivista obstinado y dogmático como algunos quedan todavía en algunas disciplinas como la jurídica, Lejeune podría de cualquier manera argüir que la relación y acercamiento entre *res factae* y *res fictae* evidenciados por la ciencia histórica moderna a la Koselleck, le resulta extraña, tan extraña, tan extraña como la fórmula de Foucault del «On a beau dire ce qu'on voit, ce qu'on voit ne loge pas dans ce qu'on dit», con la que comenzamos este trabajo.

Está en su derecho. Pero Peter estaría también en el suyo si le replicara con la fina ironía empleada por Poe (para no salir de *La lettre volée*) al referirse en un pasaje al Prefecto de Policía, ante una idea de Dupin:

-«Si es un caso que requiere reflexión -observó Dupin, absteniéndose de encender la mecha- lo examinamos mejor en la oscuridad.

-Ésta es otra de sus extrañas ideas -dijo el Prefecto, quien tenía la costumbre de llamar “extrañas” a todas las cosas que superaban su comprensión, y que vivía así entre una legión completa de “extrañezas”».